



## I

Me parece que fué al anochecer del 18 de diciembre cuando avistamos á Zaragoza. Entrando por la puerta de Sancho, oímos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva. Nuestro estado era excesivamente lastimoso en lo tocante á vestido y alimento, porque las largas jornadas que habíamos hecho por Belorado, Santo Domingo de la Calzada, Logroño, Tudela y todo el camino real que va por la orilla izquierda del Ebro nos molieron y extenuaron horrorosamente. El día de la

evasión reuníamos entre los tres un capital de once reales; pero al entrar en la metrópoli aragonesa hicimos un balance y arqueo de la caja social, y nuestras cuentas sólo arrojaron un activo de treinta y un cuartos. Compramos pan junto á la Escuela Pía, y nos lo distribuimos.

Uno de mis compañeros era *gato de Madrid* y tenía en Zaragoza dos primos sombrereros; el otro era un señor, que en la Corte trabajaba en librería de viejo, gran lector de papeles públicos, y algo masón, según se decía. Llamábase D. Roque, y como aragonés no le faltaban relaciones en Zaragoza; pero aquélla no era hora de presentarnos á nadie. Aplazamos para el día siguiente el buscar amigos, y como no podíamos alojarnos en una posada, discurrimos por la ciudad buscando un abrigo donde pasar la noche.

Recorrimos el Coso desde la casa de los Gigantes hasta el Seminario; nos metimos por la calle Quemada y la del Rincón, ambas llenas de ruinas, hasta la plazuela de San Miguel, y de allí, atravesando al azar angostas é irregulares vías, nos encontramos junto á las ruinas del Monasterio de Santa Engracia, volado por los franceses en el primer sitio. Los tres lanzamos una misma exclamación, que indicaba la conformidad de nuestros pensamientos. Habíamos encontrado un asilo y excelente alcoba donde pasar la noche.

La pared de la fachada continuaba en pie, con su pórtico de mármol poblado de figuras de santos, que permanecían enteros y tranquilos como si ignoraran la catástrofe. En el interior vimos arcos incompletos, machones colosales, irguiéndose aún entre los escombros. Destacábanse negros y deformes sobre la claridad del espacio, semejantes á criaturas absurdas, engendradas por una imaginación en delirio; vimos recortaduras, ángulos, huecos, laberintos, cavernas

y otras mil obras de esa arquitectura del acaso trazada por el desplome. Había pequeñas estancias abiertas entre los pedazos de la pared con un arte semejante al de las grutas en la Naturaleza. Los trozos de retablo, podridos á causa de la humedad, asomaban entre los restos de la bóveda, donde aun subsistía la roñosa polea que sirvió para suspender las lámparas, y precoces hierbas nacían entre las grietas de la madera y del ladrillo. El techo se confundía con el suelo, y la torre mezclaba sus despojos con los del sepulero.

Don Roque nos dijo que bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de Zaragoza; pero la entrada del subterráneo estaba obstruída. Al internarnos, oímos voces humanas que salían de aquellos antros misteriosos, y el resplandor de una llama que iluminó parte de la escena nos permitió distinguir un grupo de personas, que se abrigaban unas contra otras en el hueco formado entre dos machones derruídos. Eran mendigos de Zaragoza que se habían arreglado un palacio en aquel sitio, resguardándose de la lluvia con vigas y esteras. También nosotros nos pudimos acomodar por otro lado, y tapándonos con manta y media, llamamos al sueño. Don Roque me decía así:

«Yo conozco á D. José de Montoria, uno de los labradores más ricos de Zaragoza. Ambos somos hijos de Mequinenza, fuimos juntos á la escuela y juntos jugábamos al truco en el altillo del Corregidor. Aunque hace treinta años que no le veo, creo que nos recibirá bien. Como buen aragonés, todo él es corazón. Nos presentaremos á Montoria; le diremos...»

Durmióse D. Roque y también me dormí.

El lecho en que yacíamos no convidaba por sus blanduras á dormir perezosamente la mañana; antes bien, colchón de cascote hace buenos madrugadores.

Despertamos, pues, con el día, y como no teníamos que entretenernos en embelecocos de tocador, bien pronto estuvimos en disposición de salir á nuestras visitas. Pensando en esto, vimos surgir de entre las ruinas á dos hombres y una mujer que fueron durante la noche nuestros compañeros de posada, y parecían gente habituada á dormir en aquel lugar. Uno de ellos era un infeliz lisiado, con menos de pierna y media, pues la una terminaba en pata de palo, la otra en la rodilla. Se ponía en movimiento con ayuda de muletas; era viejo, de rostro jovial y muy tostado por el sol. Como nos saludara afablemente al pasar, dándonos los buenos días, D. Roque le preguntó hacia qué parte de la ciudad caía la casa de D. José de Montoria, oyendo lo cual repuso el cojo:

«¿Don José de Montoria? Le conozco más que á las niñas de mis ojos. Hace veinte años vivía en la calle de la Albalería; después se mudó á la de la Parra; después... Pa mí que son ustés forasteros... ¡Probecicos!... ¿no estaban ustés aquí el 4 de agosto?»

— No, amigo — le respondí; — no hemos presenciado ese gran hecho de armas.

— ¿Ni vieron tampoco la batalla de las Eras?

— Tampoco hemos tenido esa felicidad.

— Pues allí estuvo D. José Montoria; fué de los que llevaron arrastrando el cañón hasta enfilarlo... pues. Veo que ustés no han visto nada. ¿De qué parte del mundo vienen ustés?

— De Madrid — dijo D. Roque. — ¿Conque usted nos podrá decir dónde vive mi gran amigo?

— ¡Otral! ¿pues no he de poder, buen hombre? — replicó el cojo, sacando un mendrugo para desayunarse. — De la calle de la Parra se mudó á la de Enmedio. Ya saben ustés que todas las casas volaron... pues. Allí estaba Esteban López, soldado de la décima compañía

del primer tercio de voluntarios de Aragón, y él solo con cuarenta hombres rechazó á los franceses.

— ¡Eso sí que es cosa admirable!

— Pero si no vieron ustés lo del 4 de agosto, no han visto nada — continuó el mendigo. — Yo vi también lo del 4 de junio, porque me fuí arrastrando por la calle de la Paja, y vi á la *artillera* cuando dió fuego al cañón de 24.

— Ya, ya tenemos noticia del heroísmo de esa insigne mujer — dijo D. Roque. — Pero si usted nos quisiera decir...

— Pues sí; D. José de Montoria es muy amigo del comerciante D. Andrés Guspide, que el 4 de agosto estuvo haciendo fuego desde la visera del callejón de la Torre del Pino, y llovían por allí granadas, balas, metralla, y mi D. Andrés fijo como un poste. Más de cien muertos había á su lado, y él solo mató cincuenta franceses.

— Gran hombre. ¿Y es amigo de mi amigo?

— ¡Otra que Dios! Amigos son y los mejores caballeros de Zaragoza, y me dan limosna todos los sábados. Porque han de saber ustés que yo soy Pepe Pallejas, y me llaman por mal nombre *Sursum Corda*; como que fuí hace veintinueve años sacristán de Jesús, y cantaba... pero esto no viene al caso. Pues como iba diciendo, el día 4 de agosto estaba yo pidiendo en San Miguel, y vi salir de la iglesia á Francisco Quílez, sargento primero de la primera compañía del primer batallón de fusileros, el cual ya saben ustés que fué el que con treinta y cinco hombres echó á los bandidos del Convento de la Encarnación... Veo que se asombran ustés... ya. ¿No saben ustés nada de esto?

— No, amigo y señor mío — dijo D. Roque; — nada de esto sabemos, y aunque tenemos el mayor gusto en que usted nos cuente tantas maravillas, lo que ahora más nos importa es saber...

— Ahora mismo, ahora mismo... Pero antes les quiero decir una cosa, y es que si D. Mariano Cereso no hubiera defendido la Alfajería como la defendió, nada se habría hecho en el Portillo. ¡Y que es hombre de mantequillas en gracia de Dios el tal D. Mariano Cereso! En la del 4 de agosto andaba por las calles con su espada y rodela antigua, y daba miedo verle. Esto de Santa Engracia paicia un horno, señores. Las bombas y las granadas llovían; pero los patriotas no les hacían más caso que si fueran goticas de agua. Unos piazos del convento se desplomaron... Don Antonio Quadros emboecó por allí, y cuando miró á las baterías francesas, se las quería comer. Los bandidos tenían sesenta cañones echando fuego sobre estas paredes. ¿Ustés no lo vieron? Pues yo sí, y los pedazos del ladrillo de las tapias y la tierra de los parapetos salpicaban como miasas de un bollo. Pero los muertos servían de parapeto, y muertos arriba, muertos abajo, aquello era mortandá de Dios. Don Antonio Quadros echaba llamas por los ojos. Cayó otro piazo de convento, y mi hombre dijo que aquello no importaba nada, y viendo que la Artillería de los bandidos había abierto un gran boquete en el muro, fué á tapanlo él mismo con una saca de lana. Entonces una bala le dió en la cabeza. Retiráronle aquí; dijo que tampoco aquello era nada, y expiró.

— ¡Oh! — exclamó D. Roque bostezando. — Estamos encantados, y el más puro patriotismo nos inflama oyendo... Pero, *Sr. Sursum*, por la Virgen del Pilar, mire que estamos muertos, estamos locos...

— Para muertos y locos aquel día. ¿Ustés no vieron del Hospital? Pues yo sí: allí caían las bombas como el granizo. Los enfermos, viendo que los techos se les venían encima, se arrojaban por las ventanas á la calle. Otros se iban arrastrando y rodaban por las escaleras.

Ardían los tabiques, oíanse lamentos, y los locos mugían en sus jaulas como fieras rabiosas. Otros se escaparon, y andaban por los claustros riendo, bailando y haciendo mil gestos que daban espanto. Algunos salieron á la calle como en día de Carnaval, y uno se subió á la cruz del Coso, donde se puso á pedricar, diciendo que él era el Ebro, y que anegando la ciudad iba á sofocar el fuego... La Torre Nueva hacía señales para que se supiera cuándo venía una bombica; pero el gritar de la gente no dejaba oír las campanas. Los franceses avanzan por esta calle de Santa Engracia; se apoderan del Hospital y del Convento de San Francisco; empieza la guerra en el Coso y en las calles de por allí. Don Santiago Sas, D. Mariano Cereso, D. Lorenzo Calvo, don Marcos Simonó, Renovales, el albéitar Martín Albantos, Vicente Codé, D. Vicente Marraco y otros, atacan á los franceses á pecho descubierto; y detrás de una barricada hecha por ella misma, les aguarda llena de rabia, fusilico en mano, la Condesa de Bureta.

— ¡Cómo! ¿Una dama, una Condesa, levantaba barricadas y disparaba fusiles?... Es hermoso, es sublime... Pero... ¡cuánto gozaríamos oyendo contar esas hazañas con el estómago lleno!... ¿Conque decía usted que la casa de Montoria cae hacia...?

— Hacia allá... ya vamos, ya — dijo el lisiado, poniendo en movimiento sus tres remos, pata de palo y muletas. — ¿Ven ustés esta casa? Pues aquí vive Antonio Laste, sargento primero de la compañía del cuarto tercio, y ya sabrán que salvó de la Tesorería los diez y seis mil cuatrocientos pesos, y quitó á los franceses la cera que habían robado.

— Adelante, adelante, amigo...

— Pronto llegaremos. Por aquí iba yo en la mañana del 1.º de julio, cuando encontré á Hilario Lafuente, cabo primero de la compañía de escopeteros del pres-

bitero Sas, y me dijo: «Hoy van á atacar el Portillo.» Entonces yo me fui á ver lo que había y...

— Ya estamos enterados de todo...

— Esta casa que ven ustés toda quemada y hecha escombros es la que ardió el día 4, cuando D. Francisco Ipaás...

— Ya sabemos lo demás, ya lo sabemos...

— Pero mucho mejor fué lo que hizo Codé, labrador de la parroquia de la Magdalena, con el cañón de la calle de la Parra — continuó el mendigo, deteniéndose otra vez. — Pues al ir á disparar, los franceses se echan encima. Huyen todos; Codé se mete debajo del cañón, pasan los franceses sin verlo, y después, ayudado de una vieja que le dió una cuerda, arrastra la pieza hasta la bocacalle. Vengan ustés y les enseñaré...

— No queremos ver nada: adelante.»

Tanto le azuzamos, y con tanta obstinación cerramos nuestros oídos á sus historias, que al fin, aunque muy despacio, nos llevó por el Coso y el Mercado á la calle de la Hilarza, donde la persona á quien queríamos ver tenía su vivienda.

## II

Pero ¡ay! D. José de Montoria no estaba en ella, y nos fué preciso buscarle en los alrededores de la ciudad. El más joven de mis compañeros, aburrido de tantas idas y venidas, se separó de nosotros y fué en busca de sus primos los sombrereros, que vivían en el Coso. Nos quedamos solos D. Roque y un servidor, y así emprendimos con más desembarazo el viaje á la torre del Sr. Montoria, situada á Poniente, lindando con el camino de Muela y á poca distancia de la Bernardona. Un paseo tan largo á pie y en ayunas no era lo más satisfactorio para nuestros fatigados cuerpos; pero nos

dimos por bien servidos, encontrando al deseado zaragozano.

Ocupábase éste, cuando llegamos, en talar los frondosos olivos de su finca, porque así lo exigía el plan de obras de defensa establecido por los jefes facultativos ante la inminencia de un segundo sitio.

«En el primero — nos dijo — talé la heredad que tengo al lado allá de la Huerva; pero este segundo asedio que se nos prepara dicen que será más terrible que aquél, á juzgar por el gran aparato de tropas que traen esos caballeros.»

Acto continuo D. Roque dió en hacer elogios de mi personalidad, militar y civilmente considerada; y de tal modo se le fué la mano en este capítulo, que me hizo sonrojar, mayormente considerando que algunas de sus afirmaciones eran estupendas mentiras. Díjole primero que yo pertenecía á una de las más alcurniadas familias de *la baja Andalucía en tierra de Doñana*, y que había asistido al glorioso combate de Trafalgar en clase de guardia marina. Añadió que mis proezas en la batalla de Bailén, á la que asistí como voluntario, andarían pronto en papeles, y que yo era gran patriota, buen escritor, con mis ribetes de poeta. Examinándome de pies á cabeza, Montoria me dijo:

«¡Porra! No le podré afiliar á usted en la tercera escuadra de la compañía de escopeteros de D. Santiago Sas, de cuya compañía soy capitán; pero entrará en el Cuerpo en que está uno de mis hijos. Y á usted, D. Roque, puesto que no está para coger el fusil, ¡porra!, le haremos practicante en los hospitales del ejército.»

Luego que esto oyó D. Roque, expuso con graciosas elipsis la gran necesidad en que nos encontrábamos, y lo bien que recibiríamos sendas magras y un par de panes cada uno. Frunció el ceño el gran Montoria, mirándonos de un modo severo... Temblamos; creimos

que íbamos á ser despedidos por la osadía de pedir de comer. Balbucimos tímidas excusas, y nuestro protector, con rostro encendido, nos habló así:

«¿Conque tienen hambre? ¡Porra, váyanse al demonio con cien mil pares de porras! ¿Y por qué no lo habían dicho? ¿Conque yo soy hombre capaz de consentir que los amigos pasen hambre, porra? Sepan que tener necesidad y no decírmelo en mi cara sin retruécanos, es ofender á un hombre como yo. Ea, muchachos, entrad adentro y mandad que frían obra de cuatro libras de lomo, y que estrellen dos docenas de huevos, y que maten seis gallinas, y saquen de la cueva siete jarros de vino, que yo también quiero almorzar. Vengan todos los vecinos, los trabajadores y mis hijos, si están por ahí. Y ustedes, señores, prepárense á hacer penitencia conmigo. ¡Nada de melindres, porra! Comerán de lo que hay, sin dengues ni bobadas. Aquí no se usan cumplidos. Usted, Sr. D. Roque, y usted, señor de Araceli, están en su casa hoy, mañana y siempre, ¡porra! Todo lo que tiene José de Montoria es de sus amigos.»

La ruda generosidad de aquel insigne varón nos tenía anonadados. Cuando nos retirábamos á la ciudad, llevónos Montoria á examinar las obras defensivas en aquella parte occidental, Portillo, tapias de las Fecetas y Agustinos Descalzos, Trinitarios, Eras, Sepulcro. Estas obras, como hechas á prisa, no se distinguían por su solidez. Zaragoza, comparada con Amberes, Dantzic, Metz, Sebastopol, Cartagena, Gibraltar y otras célebres plazas fuertes tomadas ó no, era entonces una fortaleza de cartón. Y sin embargo...

En su casa, Montoria se enfadó otra vez con don Roque y conmigo porque no quisimos admitir el dinero que nos ofrecía para nuestros primeros gastos en la ciudad; y allí se repitieron los puñetazos en la mesa

y la lluvia de *porras* y otras palabras que no cito. Era D. José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebosando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en costumbres patriarcales y pacíficas (si es que esto puede estar de sobra en algún caso) le faltaba en gazmoñerías y refinamientos de palabra. No conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por hábito era refractario á la mentira discreta y á los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía.

Desconocía el disimulo, poseía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Perdonaba las ofensas, agradecía los beneficios y daba gran parte de sus cuantiosos bienes á los menesterosos.

Vestía con aseo, comía con buen diente, ayunando con todo escrúpulo los viernes de Cuaresma, y amaba á la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, según se ha visto, un modelo de comedimiento, y él mismo confesaba como el mayor de sus defectos lo de soltar á todas horas *porra* y más *porra*, sin que viniese al caso; pero más de una vez le oí decir que, conocedor de la falta, no la podía remediar, porque las cansadas *porras* le salían de la boca sin que él mismo se diera cuenta de ello.

Tenia mujer y tres hijos. Era aquella D.<sup>ta</sup> Leocadia Sarriera, navarra de origen. De los vástagos, el mayor y la hembra estaban casados y habían dado á los viejos algunos nietos. El más pequeño de los hijos llamábase Agustín y era destinado á la Iglesia. Á todos les conocí en el mismo día, y eran la mejor gente del mundo.

«Sr. D. Roque — dije aquella noche á mi compañero cuando nos acostábamos en el cuarto que nos destina-

ron, — yo jamás he visto personas como éstas. ¿Son así todos los aragoneses?

—Hombres de la madera de D. José de Montoria — me respondió — y familias como esta familia abundan mucho en la tierra de Aragón.»

Al siguiente día nos ocupamos de mi alistamiento. Harto sabéis, amados niños, que en aquel tiempo Zaragoza y sus habitantes habían adquirido un renombre fabuloso, y que todo lo referente al célebre sitio de la inmortal ciudad tomaba en boca de los narradores las proporciones y el colorido de un romance de los tiempos heroicos. Con la distancia, las acciones de los zaragozanos adquirían dimensiones mayores aún, y en Inglaterra y en Alemania, donde se les consideraba como los numantinos de los tiempos modernos, aquellos paisanos medio desnudos, con alpargatas en los pies y un pañizuelo arrollado en la cabeza, eran figuras de coturno. *Capitulad y os vestiremos* — decían los franceses en el primer sitio, admirados de la constancia de unos pobres aldeanos vestidos de harapos. — *No sabemos rendirnos* — contestaban, — *y nuestras carnes sólo se cubren de gloria.*

Estas y otras frases habían dado la vuelta al mundo.

Alistado fui en el batallón de *Peñas de San Pedro*, bastante mermado en el primer sitio, y me dieron un uniforme y un fusil. En el mismo batallón servía el hijo segundo de D. José de Montoria, llamado Agustín. La suerte me deparaba un buen compañero y un excelente amigo.

Desde el día de mi llegada oí hablar de la aproximación del ejército francés, pero esto no fué un hecho hasta el 20. Por la tarde una división llegó á Zuera, en la orilla izquierda, para amenazar el Arrabal; otra, mandada por Suchet, acampó en la derecha, sobre San Lamberto. Moncey, que era el General en Jefe, situóse

con tres divisiones hacia el Canal y en las inmediaciones de la Huerva. Cuarenta mil hombres nos cercaban.

Impacientes por vencernos, los franceses comenzaron sus operaciones el 21 desde muy temprano, embistiendo con gran furor y simultáneamente el monte Torrero y el Arrabal de la izquierda del Ebro, puntos sin cuya posesión era locura pensar en someter la valerosa ciudad; pero si bien tuvimos que abandonar á Torrero, por ser peligrosa su defensa, en el Arrabal desplegó Zaragoza tan temerario arrojo, que es aquel día uno de los más brillantes de su brillantísima historia.

Á las cuatro de la madrugada, el batallón de las *Peñas de San Pedro* fué destinado á guarnecer el frente de fortificaciones desde Santa Engracia hasta el Convento de Trinitarios. Algunas compañías teníamos nuestro vivac en una huerta inmediata al Colegio del Carmen. Agustín Montoria y yo no nos separábamos, porque su apacible carácter, el afecto que me mostró desde que nos conocimos, y la conformidad, la dulce armonía de nuestras ideas me hacían muy agradable su trato. Era Agustín un joven de hermosa figura, ojos grandes y vivos, despejada frente y cierta gravedad melancólica en su fisonomía. Su corazón, como el del padre, estaba lleno de aquella generosidad que se desbordaba al menor impulso.

Ya dije que le dedicaban á la Iglesia, y añadido ahora que la vocación eclesiástica de mi amigo era una vana ilusión de la familia. Ésta, como los buenos Padres del Seminario, no lo comprendían así, ni lo comprenderían aunque bajara á decirselo el Espíritu Santo en persona. El precoz teólogo, el dialéctico que en los ejercicios semanales dejaba atónitos á los maestros con la intrincada gimnasia escolástica, no tenía más

vocación para el sacerdocio que la que tuvo Mozart para la guerra, Rafael para las Matemáticas ó Napoleón para el baile.

### III

Largos y sabrosos coloquios entablábamos Agustín y yo en los ratos de descanso. El generoso y noble amigo, á los dos días de intimidad, mostraba totalmente su corazón y me abría el area de sus pensamientos. Sus primeras confidencias fueron harto melancólicas. Temía la muerte; sentíase amarrado á la vida con fuertes lazos... Entre mil frases prolijas de amarga incertidumbre, recuerdo ésta: «Francamente, Gabriel, yo no quisiera morir en este terrible cerco que nos han puesto los franceses. En el otro sitio también tomamos las armas todos los alumnos del Seminario, y te confieso que estaba yo más valiente que ahora. No sé qué fuego enardecía mi sangre y me lanzaba á los puestos de mayor peligro sin temer la muerte. Hoy no me pasa lo mismo: estoy medroso, y el disparo de un fusil me hace estremecer.»

Adiviné la causa de esta singular turbación del ánimo, y antes de que yo la dijese, desbordóse la sinceridad de mi amigo contándome su *Cuento de Hadas*, que también él lo tenía, y de los más espiritados y candorosos. Amaba con pura idealidad á una doncellita, de cuya hermosura y angelical modestia me hizo un retrato descriptivo de líneas vaporosas y célicos matices. Ávido de comunicar al amigo sus cuitas y ansiedades, me dijo que el nombre de ella era María. Tenía por padre á un ogro, circunstancia muy del caso en cuentos de tal naturaleza, y este ogro era un D. Jerónimo de Candiola, mallorquín, habitante en la calle de Antón Trillo, cerca de la *Torre Nueva*. Así llaman en

Zaragoza á la esbeltísima y afligranada torre, que se inclina de un lado como si dijera *me inclino, pero no me caigo*, uno de los monumentos más característicos de la capital de Aragón.

Pues señor, si Agustín me pintó á *Mariquilla* (así solía nombrarla) con rosados colores, en la pintura del padre empleaba tintas muy negras. *El tío Candiola*, como llamaba el vulgo al ogro de la calle de Antón Trillo, tenía en su casa un sótano lleno de dinero. Era el monstruo de la usura, y al pobre acreedor que en sus garras caía le sacaba las entrañas. En Zaragoza nadie le podía ver, por su falta de patriotismo. Á muchos pobres metió en la cárcel después de arruinarlos. Además, en el otro sitio no dió un cuarto para la guerra, ni tomó las armas, ni recibió heridos en su casa, ni le pudieron sacar una peseta; y como un día dijese que á él lo mismo le daba Juan que Pedro, en un tris estuvo que le arrastraran los patriotas.

No dijo más Agustín, porque sonó un cañonazo del lado de Torrero, y ambos volvimos hacia allá la vista.

Los franceses habían embestido con gran empeño las posiciones fortificadas de Torrero. Defendían éstas diez mil hombres mandados por D. Felipe Saint-March y por O'Neill, ambos Generales de mucho mérito. Los voluntarios de *Borbón*, de *Castilla*, del *Campo Segorbino*, de *Alicante* y el provincial de *Soria*, los cazadores de *Fernando VII*, el regimiento de *Murcia* y otros Cuerpos de que no hago memoria, rompieron el fuego. Desde el reducto de los Mártires vimos el principio de la acción, y las columnas francesas que corrían á lo largo del Canal para flanquear á Torrero. Duró gran rato el fuego de fusilería; mas la lucha no podía prolongarse mucho tiempo, porque aquel punto no se prestaba á una defensa enérgica. No obstante, nuestras tropas no se retiraron sino muy tarde y con

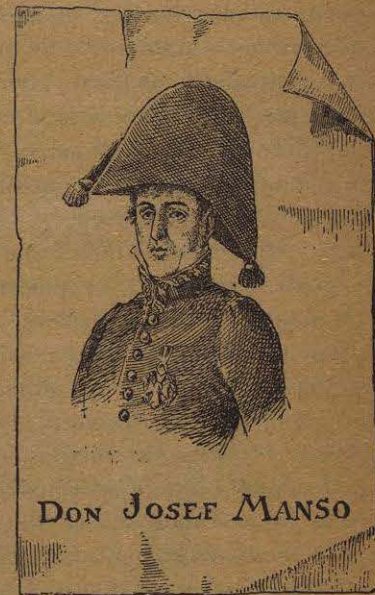
el mayor orden, volando el puente de América y trayéndose todas las piezas, menos una que había sido desmontada por el fuego enemigo.

Entretanto, como sintiéramos fuertísimo estruendo lejano, supusimos trabada otra acción en el Arrabal.

«Allá está el Brigadier D. José Manso — me dijo Agustín, — con el regimiento *suizo de Aragón*, que manda D. Mariano Walker, los voluntarios de *Huesca*, de que es jefe D. Pedro Villacampa, los voluntarios de *Cataluña*, y otros valientes Cuerpos. ¡Y nosotros aquí mano sobre mano! Por este lado parece que ha concluido.

— Ó yo me engaño mucho — repuse, — ó ahora van á atacar á San José.»

No tardó en efectuarse el movimiento que yo había previsto, y el Convento de San José fué atacado por fuerte columna de Infantería francesa, mejor dicho, fué objeto de una tentativa de sorpresa. Al parecer, los enemigos tenían mala memoria, y en tres meses se les había olvidado que las sorpresas eran imposibles en Zaragoza. Los pobrecitos acababan de llegar de la Silesia, y no sabían qué clase de guerra era la de España. Además, como ganaran á Torrero con tan poco trabajo, creyéronse en disposición de tragarse el



DON JOSEF MANSO



mundo. Ello es que avanzaban, como he dicho, sin que San José hiciera demostración alguna, hasta que, hallándose á tiro de fusil ó poco menos, vomitaron de improviso tan espantoso fuego las troneras y aspilleras de aquel edificio, que mis bravos franceses tomaron soleta con precipitación, dejando tras sí gran número de muertos. Ya debían comprender nuestros enemigos que si se abandonó á Torrero, fué por cálculo y no por flaqueza. Sola, aislada, desamparada, sin fuertes ni castillos, Zaragoza alzaba de nuevo sus murallas de tierra, sus baluartes de ladrillos crudos, sus torreones de barro amasado la víspera, para defenderse otra vez contra los primeros soldados, la primera artillería y los primeros ingenieros del mundo.

La campaña de la Torre Nueva sonaba con clamor de alarma. Y Zaragoza entera glosaba el lúgubre tañido, repitiendo: «¡Al Arrabal, al Arrabal!»

Mi batallón abandonó la cortina de Santa Engracia, y púsose en marcha hacia el Coso. Las calles de San Gil, de San Pedro y Cuchillería, que son camino para el puente, estaban casi intransitables del sin fin de ancianos, chiquillos y mujeres que corrían impulsados por la curiosidad. Salimos á la orilla del río por San Juan de los Panetes, y nos situamos en el malecón esperando órdenes. Enfrente y al otro lado del Ebro se divisaba el campo de batalla. Todos nuestros parapetos de aquella zona estaban construídos con los ladrillos de los cercanos tejares, formando con el polvo y la escoria de los hornos una masa rojiza. Creeríase que la tierra estaba amasada con sangre.

Los franceses tenían su frente desde el camino de Barcelona al de Juslibol, más allá de los tejares y de las huertas que hay á mano izquierda de la segunda de aquellas dos vías. Consistía todo su empeño en tomar por audaces golpes de mano las baterías, y esta tena-

cidad produjo una verdadera hecatombe. Caían muchísimos; clareábanse las filas, y llenadas al instante por otros, repetían la embestida. Á veces llegaban hasta tocar los parapetos, y las luchas individuales acrecían el horror de la escena. Iban delante los jefes blandiendo sus espadas, como hombres desesperados que han hecho cuestión de honor el morir ante un montón de ladrillos, y en aquella destrucción espantosa que arrancaba á la vida centenares de hombres en un minuto, desaparecían, arrojados por el suelo, el soldado, el sargento y el alférez, el capitán joven y el viejo coronel.

Es indudable que este prematuro encarnizamiento les perdió. Debieron principiar batiendo cachazudamente nuestras obras con su Artillería; debieron conservar la serenidad que exige un sitio, y no desplegar guerrillas contra posiciones defendidas por gente como la que habían tenido ocasión de tratar el 15 de julio y el 4 de agosto. Es seguro que de traer consigo la mente pensadora de su inmortal jefe, que vencía siempre con su lógica admirable lo mismo que con sus cañones, habrían empleado en el sitio de Zaragoza un poco del conocimiento del corazón humano. Napoleón, con su penetración extraordinaria, hubiera comprendido el carácter zaragozano, y se habría abstenido de lanzar contra él columnas descubiertas, haciendo alarde de valor personal. Esta es una cualidad de difícil y peligroso empleo, sobre todo delante de hombres que se baten por un ideal, no por un ídolo... Los franceses, al caer de la tarde, creyeron oportuno desistir de su loco empeño, y se retiraron dejando el campo cubierto de cadáveres. ¡Abur, Francia, y vuelve por otra!